



El cuello de la jirafa

Físgoas de baleiro. (La elegancia de la mirada)

Roi Vidal Ponte



Hay cosas que existen y no se ven. Como el tiempo. Como la impermanencia del presente. O como todo lo que se esconde entre las fisuras que unen y separan. Matarile es una de esas cosas. Raras. Polémicas. Únicas. Imprescindibles.

Matarile no se ve, se experimenta. Matarile no hace teatro, lo ensalza.

O un recital de puntos de vista, actitudes expectantes, miradas miradas. Podemos saber lo que miramos, pero cómo adivinar cómo miran las miradas? El juego de las sillas y de las mesas, de buscar el mejor lugar desde el que contemplar lo que pasa. El intercambio de roles de una conferencia, de un baile, de una confesión. Porque la finalidad de la poesía es hacer visible lo invisible.

Matarile hace poesía escénica. El estilo, las herramientas y la intención artística del teatro posdramático tienen en Matarile su máximo exponente en el teatro hecho en Galicia. Como los Beck & Malina del teatro gallego del siglo XXI, Vallés & Patiño son tan parodiables como grandiosos, tan molestos como pioneros.

En El Cuello de la Jirafa juegan la carta de la innovación espacial. Como una estructura que se ve y no se ve, la (grotowskiana?) disposición del público alrededor de una fila de mesas en forma de U lo introduce en el espectáculo como elemento escenográfico, como coro mudo, como voyeur espiado. El lugar de la representación (una antigua capilla hoy convertida en sala multiusos de una institución universitaria), a la vez seminario académico y cónclave sectario, arroja todo lo que el espectáculo dice: las diferentes formas de aprehender lo inaprensible, de conocer los misterios humanos y divinos, desde la ciencia o desde el espíritu. Aquí destaca la presencia de Enrique Gavilán, verdadero profesor universitario que ofrece sus conocimientos filosóficos. No hace nada distinto a lo que hace cuando ejerce su profesión, pero nuestra mirada, instalada en ese contexto propicio para la recepción de la belleza, lo observa desde un punto de vista estético capaz de convertir una conferencia en un ritual iniciático

Toda esta abstracción se expone desde la concreción más absoluta. Hay un cierto fetichismo en la mostración del equilibrio entre el carácter matérico y simbólico de los objetos. Y lo mismo sucede con los cuerpos. Los cuerpos de movimientos hermosos de Mónica García y María Roja, los cuerpos de comportamientos grotescos de Óscar Codesido y Ana Vallés, las actitudes corporales relajadas de Enrique Gavilán y Baltasar Patiño. Esta "concreción simbólica" alcanza su punto álgido en el que es uno de los momentos memorables de la representación: las diversas escenas simultáneas que, como vendedores de regalos artísticos gratuitos, cada actuante ofrece a un reducido grupo de observantes, en un ejemplo pequeño y asombroso de microteatro hiperpróximo.

Matarile ofrece (ese es el verbo más apropiado para sus espectáculos) un teatro de las personas que es a la vez intelectual y sensitivo. Pero en esta ocasión la temática general llega con más fluidez, sin que la compañía deje de tener esa marca que le es tan propia: la elegancia. Vallés (kantorian?) corrige a Artaud: el teatro no es un cuerpo ante miradas, si no entre miradas.

El secreto de esa marca es un misterio escondido siempre entre y nunca detrás. La elegancia con la que nos hacen sentir esa magia, transforma el teatro, como quería Artaud, en una experiencia reveladora.